

## SEGUNDA PARTE.

**E**N ningun pasage se manifiesta tan magnifica la Divina Escritura, como en aquellos en que nos promete à Jesu-Christo: ya nos le figure en su historia, ya nos le anuncie por medio de sus Profetas, siempre es usando de las mas agradables imagenes: en su historia le vemos entregado en un Josef, y vendido por sus hermanos envidiosos; pero conservando siempre el caracter de hermano, llega à ser su Salvador: le vemos en Moyses, hecho siempre el blanco de las contradicciones de un Pueblo ingrato, cuyas cadenas rompe, casi à pesar del mismo Pueblo: paso en silencio à un Jonathas, el mas fino de todos los amigos, que toma à su cargo la defensa de su amado David, aún contra sus propios intereses, y está dispuesto à ceder su trono, renunciando sus derechos, y aún à dar su propia vida, por salvarle; pero examinemos las profecías, y con expecialidad una, cuyas señales son todas extraordinarias.

Se nos ha dado un Niño, dice el Profeta Isaías, que es Rey por dos razones, por hijo de David, y por hijo de Dios: como hijo de David, se sentará sobre su trono; y como hijo de Dios, y Dios por naturaleza, fundará un Imperio eterno; y su reynado será el reynado de la paz, por lo que será llamado Principe de la paz, Padre de la eternidad, y Angel del gran consejo: su admirable nombre significa aun mucho mas que todo esto: ¡Oh, Israel! ¡quántas maravillas vá à obrar à tu favor el amor de tu Dios!

Dios! Por medio de este Divino Niño gozarás de una paz inalterable, y no tendrás mas enemigos.

¿Pero qué enemigos son estos; pregunta San Agustin, cuya derrota nos havia de asegurar la paz? Bien se dexa conocer, Catholicos, por la ruina que havia padecido nuestra naturaleza, que el principal de estos enemigos era el Principe del pecado; pero ya, finalmente, se rompieron sus cadenas, y estarán rotas para siempre, si nosotros queremos. Ved, pues, los tres grados por donde nos hace pasar nuestro Jesus, para guiarnos à la eterna salud, que nos promete su nombre. Nos purifica de nuestros pecados, nos dá auxilios para no cometer otros nuevos, y nos guia à la vida en que ya no podemos pecar: todas son palabras de San Agustin: explicaré por menor la idea de este Santo Doctor.

Es verdad que no dexamos de nacer siempre hijos de Adan, y consiguientemente pecadores; pero tenemos un primogenito, con cuya sangre podemos renacer; y así, no pongamos limites à la gracia que se nos hace.

En la ley antigua, dice San Pablo, la sangre de los animales, purificaba las manchas de la carne, ¿pues cómo en la nueva ley no ha de purificar las conciencias la sangre de Jesu-Christo? El Salvador pide, ¿podrá menos de ser oído? ¿han de ser ineficaces los deseos de un Dios? Funda su oracion en su sacrificio; derrama su sangre, ¿pues cómo ha de ser despreciada la voz de su sangre, que está clamando? La sangre de Abel pidió venganza, y la obtuvo, ¿pues cómo era posible que la sangre de un Dios pidiese en vano misericordia?

Oh,

Oh, vosotros, depositarios de esta sangre, Ministros de Jesu-Christo, que teneis en vuestras manos las llaves de este inagotable manantial, no anunciéis sino paz : clamad continuamente, como el Apostol, paz à los que *están* cerca, paz à los que están lejos, y paz à todos: la paz es general, y así es universal para todos.

Si no todos se aprovechan de ella, adoremos en este punto los incomprehensibles misterios de Dios; adoremoslos, pero no por eso pongamos limites al poder, ni à la bondad del Redentor: el principio establecido por San Pablo, siempre subsiste: el merito de un Dios es infinitamente superior à la ofensa del hombre: el decreto de proscripcion, no puede ser mas extensivo que el decreto de gracia; ¿pero qué necesidad tenemos aqui de controversias? Con vosotros hablo, Catholicos; no tengo necesidad de hablar mas, que para vosotros: y entre vosotros es indubitable, que no se halla persona alguna que no tenga derecho de aplicarse los frutos de la redencion.

La gracia es universal, y para todos los pecados: de este principio, siempre el mismo, sale siempre la misma consequencia: es à saber, que la satisfaccion de un Dios, debe necesariamente ser, no solo completa, sino tambien superabundante en sí misma: un solo pecado atrajo la maldicion sobre todos los hombres; y todos los pecados quedaron borrados con la bendicion de un hombre solo. !Qué Theologia de tanto consuelo es para nuestra confianza la extension que tienen los meritos de un Dios! Mil veces se os ha repetido, Catholicos, este principio-

principio: sabed oy la razon de él : aunque el numero de vuestros pecados fuese mayor que el de los cabellos de vuestra cabeza, la sangre de un Dios basta para alcanzaros el perdon : Pedro Apostata, y Pablo perseguidor, ambos alcanzaron perdon, y gracia : Ah, Catholicos ! Oy quisiera desterrar para siempre de vuestros corazones, no solamente la desesperacion, sino tambien el miedo, y la desconfianza : Ah ! acaso, imitando al hijo del primer hombre, habreis dicho : *Major est iniquitas mea quam ut veniam merear* : Mi iniquidad es demasiado grande, para que yo pueda esperar que se me perdone : es verdad, Catholicos, que atendiendo solamente à vuestros propios meritos, por leve que sea vuestra culpa, no podreis alcanzar perdon de ella; ¿pero qué iniquidad podrá haver tan grande que no alcance à borrarla la sangre de un Dios?

La gracia no admite restriccion, y se estiende à todos los tiempos de nuestra vida, y así, no debemos nosotros minorar los meritos de nuestro Redentor; aunque nos hayamos reconciliado mil veces, todavia podemos bolvernòs à reconciliar de nuevo; pero Ay ! dirá el pecador tímido : he sido tantas veces rebelde, toda mi vida ha sido un continuo circulo de penitencias, y recaídas; he sido Christiano, quando se me hablaba con eficacia de mi Religion, y mundano, y aun peor que idólatra, luego que me hallaba en las compañías del mundo : he sido Christiano en las Iglesias, y en los dias de pública solemnidad, y mundano en las fiestas, y concurrencias profanas : ¿no me hallo, pues, constituido en el estado de aquellos de quienes se dice, que querrán salvarse, y no podrán?

¿Qué es lo que decís, Catholicos? Despreciad estas ideas, y creed à los movimientos de compuncion, y amor, que acaban de excitarse en vuestros corazones: creed à esas lagrimas, que os hace derramar la consideracion de la bondad de nuestro Dios: entregad, sin recelo, vuestros corazones à esos pensamientos de amor: dad libertad para que corran esas lagrimas de penitencia, y estad seguros de que mezcladas con la sangre de vuestro Redentor, bastan para borrar todos vuestros delitos.

Pero me replicareis, que mil veces se han bañado vuestros ojos en lagrimas, sin que hayan dexado en vuestro corazon mas que tibieza, y esterilidad; y bien, ¿por eso habeis de desconfiar de la misericordia de nuestro Dios? ¿Os parece que si quisiera perderos, os huviera dado à su Hijo? ¡Oh, Jesus mio! Ya veo anticipadamente todas vuestras venas rotas, y vuestro cuerpo despedazado: os veo espirar en una Cruz: à esto os obliga el amor que nos teneis: solamente reservais para la Cruz el resto de esa sangre, con cuyo precio adquirís desde oy el titulo de Salvador.

Y asi, Catholicos, vamos todos à poner nuestras iniquidades sobre la cabeza de esta víctima de maldicion, que se entrega à nosotros: acercate tú, juventud flaca, en quien empezó casi à un mismo tiempo el uso de la razon, y el de las culpas, que tantas veces has experimentado ya la depravacion de la naturaleza, acercate, y descargá sobre la cabeza de esta víctima tantas iniquidades, las que no refero por escusar esta mortificacion à tu pudor: tú, ancianidad, oprimida mas con el pe-

so de tus delitos, que con el de los años, vén, y pon tantos pecados de regalo, de luxo, de inhumanidad para con los miembros de Jesu-Christo, de injusticia, y de irreligion, tantos pecados... ¿pero porque os he de echar yo en cara, Catholicos, vuestras culpas en un dia de perdon general? ¿por qué me he de acordar yo de ellas, quando el mismo Señor promete olvidarlas? *Non, non recordabor amplius.*

No se acobarde, pues, oy vuestra fragilidad, no obstante las repetidas experiencias que teneis de vuestra flaqueza: al mismo tiempo que cargais vuestras iniquidades sobre la cabeza de la víctima, poned, si es licito decirlo asi, poned la mano en su sangre: ¿qué valor no adquirireis con este contacto? y aun si quereis, quedareis invencibles.

No obstante, es indubitable, que siempre quedaremos sujetos à la rebelion de la carne, y à los insultos de la concupiscencia: la paz nunca será tan perfecta en la tierra, que no quede à nuestros enemigos parte de sus antiguas fuerzas para hacernos guerra; pero esta guerra servirá de materia à nuestro triunfo: los divinos auxilios corren ácia nosotros por tantos canales, que de nosotros depende el vencer siempre, y si no queremos, nunca seremos vencidos.

Jesus, aquel inocente Jacob, cargado de los despojos de nuestra mortalidad, no cesa de rogar à su Eterno Padre: es verdad que nosotros nada podemos con nuestros propios meritos; las manos que levantamos al Cielo están manchadas con la culpa de nuestra rebelion: *Manus, manus sunt Esau.* Pero la voz del amoroso Jacob, es la voz de Jesus, que pide por nosotros: *Vox quidem, vox Jacob est.* ¿Pues qué podrá

drá negar à esta voz un Dios tan justo? Esta es la voz de su hijo: el Señor derrama sus bendiciones sobre este hijo querido: y para nuestra mayor felicidad está en nosotros, y nosotros en él; y solamente nosotros nos aprovechamos de la bendición que él merece.

Presente, pues, el mundo sus mas poderosos atractivos para engañar nuestros corazones; armetse de toda su rabia: y si quereis decir que para resistirle se necesita de una muy poderosa gracia, San Agustin os responde, ¿qué gracia mas poderosa que la de un Dios encarnado, de un Dios crucificado? *¿Quæ potentior gratia?*

Para mejor conocer la virtud, y eficacia de esta gracia, comparadla, decia en otro tiempo San Agustin, con la gracia de Adan en el estado de la inocencia, sin concupiscencia, y sin pasiones. Sin duda os causará admiracion, que yo me atreva à proponer este paralelo; pero Dios, prosigue el mismo Santo Doctor, crió al primer hombre en este estado, para que se viese lo que su libre alvedrio podia por sí solo: ¿y qué fue lo que pudo? Inmediatamente cayó Adan, y à todos nos ofendió su flaqueza; ¿pero cómo se levantó despues este hombre tan flaco? ¿cómo pudo despues mantenerse por tanto tiempo? En novecientos años, no obstante el fuego de la concupiscencia, à pesar de los estímulos de las pasiones, y de la rebelion de la carne, en novecientos años no se cansó su constancia: ¿de qué proviene esta diferencia? En esto debeis conocer, Catholicos, las ventajas de la gracia del Salvador: ésta hace invencible al libre alvedrio, el que

sin ella se rindió, y aun acaso no huviera podido menos de rendirse.

Pero despues con especialidad, que esa divina sangre se derramó en la tierra, ¿qué fuerza no ha comunicado à nuestra naturaleza? No nos lo preguntemos à nosotros, que continuamente nos estamos quejando de la ineficacia de la gracia, porque solo cuidamos de ahogar sus auxilios en nuestros corazones: preguntad à los Apostoles, preguntad à los Martyres: *Hoc Sanctorum Martyria docuerunt*, continúa San Agustin: ¿quién vió jamás ceder, ò ablandarse à aquellos corazones, endurecidos, por decirlo así, con la sangre del Cordero? Contad, si podeis, los Heroes que ha hecho esta gracia, y los que está haciendo à nuestra vista todos los dias: contad los ricos, que se despojaron de sus bienes, por aliviar, y socorrer à los pobres; los pobres que antepusieron su pobreza à todas las riquezas: las Virgenes, que han imitado en la tierra la vida de los Angeles: los Pastores, que sacrificaron sus vidas por sus ovejas: en todos los estados, en todas las condiciones, en ambos sexos, en todas las edades, en todos los países, y en todos los siglos, hallareis una multitud de estos exemplos del mas perfecto heroismo: ¿pues por qué no nos hemos de parecer nosotros à estos Heroes de la Religion? De nosotros depende solamente el serlo, ayudados de la gracia de Jesu-Christo, y correspondiendo à ella.

Admitid, pues, desde ahora, ò Jesus mio, admitid este excelente nombre, este nombre à quien todo lo criado dobla la rodilla: vos, Señor, sois digno de él. Tributemos honor, y gloria al Cordero que sal-

salvó al mundo. Cantemos cánticos de paz, de alegría, y de triunfo en la tierra: si Jesus es el Salvador, nosotros, Catholicos, somos los salvados: ¿pues qué tenemos que temer? Al oír el nombre de Christianos, tiemblan todos nuestros enemigos: el tiempo que nos queda que pelear es muy corto, y de nosotros solamente dependé el vencer: el premio de la victoria será no poder bolver à ser acometidos: *Novissima libertas non posse peccare*, dice S. Agustin.

Pero ya, prosigue el mismo Santo, ya nós hallamos verdaderamente libres, por havernos adquirido la libertad el mismo Hijo de Dios. La promesa era: *Si vos filius liberavit, tunc veré liberi eritis*. Esta promesa ya está cumplida: nada puede esclavizarnos, si nosotros no queremos: para ser esclavos de Satanás, es necesario que nuestra voluntad consienta libremente en ello, y por su propia eleccion; pero todavia adquirirá mayor perfeccion nuestra naturaleza, quando no podamos sujetarnos à él de modo alguno: ¡oh, qué perfeccion tan grande! Pero, Catholicos, como esta perfeccion es premio, es necesario merecerla, y podemos muy bien alcanzarla por medio de la gracia: este es el ultimo termino à donde nos guia el Redentor: *Novissima libertas non posse peccare*: esta tercera utilidad se sigue necesariamente de las dos primeras: voy à concluir.

Por el pecado de nuestro primer Padre, perdimos, Catholicos, una inmortalidad, prosigue el mismo San Agustin: y ¿qué quiere decir una inmortalidad? Que acaso, como Adan, huvieramos podido no morir: *Prima immortalitas erat posse non mori*: ¿y qué quiere decir no morir? Conservar esta union,

es-

esta mutua dependencia del alma, y el cuerpo, sin salir de esta carcel que encierra, y degrada à nuestra alma, porque, como dicen todos los Santos Padres, esta union es una verdadera carcel. Si conocierais, Catholicos, la excelencia de vuestra alma, si supierais quan impedidas están sus funciones acá en la tierra, os seria muy molesto este cuerpo, y os regocijariais con el pensamiento de que vuestra alma se ha de ver muy presto libre de él; pero tambien es indubitable, que ha de llegar el dia en que bolvais à adquirirle: el Hijo de Dios, tomando carne humana, ennobleció de tal modo esta vil materia, que la proporcionó para que participase tambien de la recompensa; pero le adquirireis reformado, segun el modelo del cuerpo glorioso de Jesu-Christo, como dice San Pablo; dependerá del alma, sin servirla de estorvo: ¡qué cosa tan admirable, y prodigiosa será permanecer por toda la eternidad en este estado, sin poder morir jamás! Esta, pues, es la inmortalidad, que se nos asegura por nuestro Señor Jesu-Christo: *Non posse mori*, porque en este estado ya no podremos perder la justificacion: *Bonum non posse deserere*. ¡Ah, Catholicos! Si era preciso comprar esta segunda utilidad, perdiendo la inmortalidad primera à costa de la muerte, ¿no debemos mirar ésta como gracia?

Sí, Catholicos, de oy en adelante cantaré sobre las ruinas de este cuerpo que se deshace; el mundo admirado de mis santos excesos, me preguntará, quál es el motivo de mi alegría: ver por una parte, le responderé, los Cielos abiertos, y à Jesus, Padre de la eternidad, à mi buen Jesus, sen-

ta-

tado à la diestra de su Padre, que me llama, y convida à participar de su herencia: por otra parte, veo que entre mi buen Jesus, y yo, media un muro de separacion, que es este miserable cuerpo: ¿pues cómo no me he de alegrar al ver que se deshace?

Ah, Catholicos ¡cómo he llegado felizmente à esta ultima reflexion! quisiera detenerme en ella, oy con expecialidad que se renueva el curso del año: y à la verdad, Señores, ¿qué es esta renovacion? No es otra cosa mas que el aniversario de la vanidad de nuestra vida: ¿qué significan estos años, que se acumulan unos sobre otros, y qué nos dice este tiempo que corre tan rapidamente? Nos dice, que asi pasan todas las cosas criadas; que nuestra vida se minora sin cesar, que todo nos vá arrimando al sepulcro, y que unos à otros nos precipitamos en él. ¿Oh, ancianos, ¿qué es lo que os dice esa juventud? Que muy presto será preciso que la cedais el puesto; pero tambien tú, ò juventud, serás arrojada de él por los niños que estàs viendo nacer todos los dias.

¿Quántas veces se os ha dicho, Catholicos, en semejante dia, que muchos de los que aqui se ven oy en este Templo, no se verán en el año siguiente? ¿ha salido falsa hasta ahora esta profecía? Examinad bien à todos los circunstantes: ¿dónde están aquellos antiguos cómplices de vuestros desordenes? ¿Qué se han hecho los compañeros de vuestros placeres? ¿Qué significan esos vestidos de luto que advierto en muchos de vosotros? Ah! Esposas desconsoladas, que acabais de ver morir entre vuestros brazos al esposo, que tiernamente amabais: hijos afli-

gi-

gidos, amigos fieles, ¿os hemos engañado hasta ahora? Oh, y quántas lagrimas, aun no bien enjutas, acabo de renovar: ¿quántos sepulcros tenemos à la vista, que aun apenas están cerrados?

¿Os parece, Señores, que no ha de suceder lo mismo en este año que empieza oy? La guadaña de la muerte està colgada sobre la cabeza de alguno de nosotros; ¿sobre quién caerá?

No es mi intento, Catholicos, asustaros con imagenes tristes: la muerte no debe ser objeto de temor para un Christiano. Confirmemonos con el modo de pensar del Justo Simeon; no menos felices que él, hemos visto la redencion de Israel; ¿pues qué puede haver en la tierra que nos detenga?

Criaturas vanas, seais las que fuereis, todos hemos de venir à parar en el sepulcro: una ley comun à todos, nos lleva à todos à él por una misma caída: ¿qué importa que yo os siga, ò que vaya antes que vosotras?

Fantasmas de nuestros antojos, dignidades, riquezas, poder, ¿sereis todavia capaces de divertirme? ¡Ah, pobres mortales! ¿y cómo me compadezco de vosotros, quando os veo encarnizados unos contra otros, disputandoos con furor una vil porcion de tierra? Dividanse los Imperios, reyne en la tierra, Catholicos, quien quisiere; el verdadero Reyno está en el Cielo. Este es el Reyno à que debemos aspirar, es el Reyno de Jesu-Christo, su Imperio es eterno, y todos hemos de tener parte en él.

No turbe estos pensamientos, Catholicos, la memoria de nuestros pasados delitos: bien sé que me ha de ser preciso presentarme ante un Tribunal se-

vero; pero si yo quiero, desde ahora estoy reconciliado con mi Juez: bien sé que me es preciso sufrir el decreto de una exactísima justicia; pero esta misma justicia se halla enteramente aplacada con una infinita satisfaccion, la que yo puedo aplicarme desde este mismo instante.

En el instante de la muerte, es, Catholicos, quando mas se gustan las dulzuras de la Religion: ¿qué consuelo se experimenta entonces en tener un Salvador? ¿Qué alegría el morir entre los brazos de Jesus, y teniendo en la boca su dulcísimo nombre? Venid, pues, Jesus mio, venid presto: abrid puer-  
tas del Cielo: no puedo, Señores, formar otras expresiones; por una parte, el mundo me está manifestando su fragilidad; por otra mi Jesus me está prometiendome unos bienes eternos, ¿pues cómo he de permitir que mis deseos se dirijan à los bienes del mundo? ¿ni cómo he de pedir que se me retarde la posesion del verdadero bien? No, Jesus mio, venid presto, venid, y poned el sello à mi entera libertad.

*Hujus rei gratia flecto genua mea ad Patrem D. N. J. C.* poseído de estas santas ideas, me arrodillo oy delante del Padre de mi Señor Jesu-Christo. Oh, Padre Celestial, bendecidnos à todos por los meritos de vuestro Hijo: por su mediacion somos ya hijos vuestros: bendecidnos, Señor, no con la bendicion terrestre de Esau, lo que os pedimos es disgusto del mundo, amor à la eternidad, vuestra paz, y vuestro Reyno; esto os pedimos por Jesu-Christo, *qui vivit, &c.*

# SERMON

## PARA EL DIA DE LA EPIPHANIA.

*¿Ubi est, qui natus est, Rex?*

¿Dónde está el Rey recién nacido? *Matth. cap. 2.*

**E**N Jesu-Christo resplandece oy, respecto de los Soberanos, una soberana autoridad, haciendo que los Reyes se arrodillen en su presencia: manifiesta un Soberano poder, haciendose temer de los Reyes; y una Magestad Soberana, haciendose adorar de los mismos Reyes.

¿Qué oposicion se advierte, Catholicos, en las ideas, que nos dán del Salvador, el Misterio de este día, y el de su nacimiento! Aún podeis tener presente la pobreza, y soledad, en que se halló al salir del seno de Maria; en aquella noche no tuvimos compañía, que la de unos pobres Pastores, mas propios para manifestar su humillacion en el Pesebre, que para honrarle con sus visitas: en aquella noche todo fue obscuridad, y silencio, y causa admiracion, el que los hombres cuidasen tan poco de recibir al Mesias, à quien havia tantos siglos, que esperaban; pero si bolvemos oy à Bethlem, ¿qué mudanza no se advierte en el mismo lugar? Apenas alcanza la Ciudad toda, para recibir el pomposo aparato de equipages, y el concurso de los Grandes del mundo, que vá à adorar à Jesu-Christo: ya no se vé en aquel pobre establo, mas que oro, purpura,